

GABRIEL AGRAZ GARCÍA DE ALBA, *Mariano Matamoros Guridi, héroe nacional*, México, Edición del Autor, 2002, 532 pp.



Nos encontramos ante el estudio más acabado que se conoce hasta ahora del prócer de la Independencia mexicana, Mariano Matamoros Guridi. Es un libro de gran formato, bellamente encuadernado, impreso en papel grafiche mate, mismo que va acompañado de un buen número de ilustraciones, fotografías, algunos mapas y valiosa documentación de archivo reproducida por primera vez en forma facsimilar. La obra está organizada en seis grandes apartados en los que el autor, Gabriel Agraz García de Alba, prolijo escritor tapatío y muy apasionado de nuestra historia patria, trata con lujo de detalle una serie de aspectos vinculados con la vida y actividad revolucionaria de este sacerdote, a quien el propio Morelos llegó a considerar su brazo derecho.

El estudio no se reduce únicamente a rescatar su biografía, de por sí reveladora en lo tocante a los antecedentes familiares y nacimiento de Mariano Matamoros, a sus estudios en el Seminario y la obtención de sus grados universitarios, o a las tribulaciones que vivió en vísperas de la insurrección de 1810, sino a revalorar su papel como organizador de las fuerzas insurgentes y como estrategia militar, cosa que le permitió alcanzar sonadas victorias, como aquella en que derrotó al entonces invicto Batallón de Asturias en San Agustín del Palmar. Además, el autor nos ofrece una rica información que permite entender desde cuándo, cómo y por qué el nombre de Mariano Matamoros ha permanecido vivo en la conciencia colectiva del pueblo mexicano. Así, los monumentos, las calles, escuelas y ciudades con su nombre; los retratos, grabados y pinturas; y los juicios y opiniones emitidas por notables escritores sobre la vida del prócer, algunos de ellos de manera errónea, son los que han hecho que esta memoria se conserve.



Pero no está allí el verdadero valor de este libro. En nuestra apreciación, lo más importante es el interés mostrado por el autor por corregir decenas de errores que se han venido repitiendo en torno a uno de los primeros caudillos de la Independencia y que inclusive han llegado hasta nuestros días. Para hacerlo, tuvo que revisar más de un centenar de biografías sobre este “Héroe Nacional”, y de su lectura atenta y puntual se dio una idea, digamos historiográfica, sobre todo lo que se había dicho de la vida de don Mariano. Con laboriosidad y paciencia, y con un trabajo constante de varios años, el autor nos presentó los resultados de sus pesquisas, consiente de que aún falta mucho por investigar.

Hay, en realidad, datos novedosos y testimonios que hasta la fecha habían pasado desapercibidos a los estudiosos. De la época insurgente de Matamoros llama nuestra atención la conformación que hizo de los cuatro regimientos en el pueblo de Izúcar, a quienes se dio un estandarte negro con una cruz roja en el centro que portaba la leyenda “Inmunidad Eclesiástica”. Este testimonio, tomado de la obra de Manuel Orozco y Berra y no de Bustamante que lo dio a conocer por primera vez, es importante porque nos habla de la utilización de otras banderas de color rojo y negro durante la guerra, pues hasta hace poco sólo la de “el doliente de Hidalgo De à 12” manufacturada en Zitácuaro entre noviembre y diciembre de 1811 nos era conocida.¹ Otro dato interesante nos habla del carbón molido que usaban los insurgentes para “tiznar” sus cuerpos cada vez que enfrentaban una batalla (p. 12). Distintas evidencias publicadas en el *Prontuario de los Insurgentes* que editó Virginia Guedea parecen indicar que el tiznarse se fue haciendo una práctica muy común entre ellos.² El propio Matamoros en su proceso señaló que todos sus hombres se pintaban de negro. Más precisamente expuso “que todo el ejército de capitanes

¹ Cf. Moisés Guzmán Pérez, “« En el nombre del Señor... » Banderas rojinegras en la Guerra de Independencia Novohispana, 1811-1814”, *Estudios de Historia Novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 31, julio-diciembre de 2004, 2005, pp. 39-72.

² *Prontuario de los Insurgentes*, introducción y notas de Virginia Guedea, México, Centro de Estudios sobre la Universidad, Instituto Mora, 1985, p. 390.

a bajo, se pintasen las caras y manos de negro, y las piernas los que no tuviesen pantalones, para distintivo”.³

Recordemos además que los hombres de Iturbide capturaron un correo que hablaba de esta estrategia y fue así como, “disfrazados”, pudieron sorprender a los insurgentes en Valladolid y Puruarán. Asimismo, constatamos el uso recurrente por parte de Matamoros de las *Ordenanzas Militares de Ejército*, publicadas en España en tiempos de Carlos III y las cuales servían de norma a los soldados defensores del gobierno virreinal. Por otro lado, son reveladores los testimonios que se presentan en la obra sobre la vida y actividad artística de José Francisco Rodríguez, el primero en elaborar un retrato en cera de los caudillos Matamoros y Morelos.

De la riqueza documental que en forma facsimilar nos ofrece este libro y que el autor paleografió atinadamente, podríamos citar entre otras piezas: el testamento de los padres de Matamoros del 14 de mayo de 1781 y 27 de marzo de 1782 respectivamente; la capellanía colativa fundada por doña Mariana Guridi en beneficio de su hijo Mariano Matamoros; la carta que Matamoros dirigió desde Tonalá al gobernador y república de naturales de Ocozacoautla, el 21 de abril de 1813 en la que les exponía los motivos de la insurrección; los partes militares sobre la acción de Puruarán que envió Ciriaco de Llano al virrey Calleja en la que ilustra las circunstancias en que se dio la captura de Matamoros; el proceso instruido en su contra, el cual ya había sido publicado anteriormente en dos ocasiones: la primera en el Boletín del Archivo General de la Nación y la segunda por el licenciado José Herrera Peña;⁴ asimismo, la Causa de Matamoros formada por la Jurisdicción Eclesiástica y la supuesta carta de retractación que el autor da por infundada porque no fue escrita por el caudillo y porque su firma fue imitada.

³ *Proceso del caudillo de la independencia don Mariano Matamoros*, Publicaciones del Archivo General de la Nación, Director, José M. Coéllar, México, Imprenta de la Secretaría de Gobernación, 1918, pp. 11-12.

⁴ José Herrera Peña, “Estudio preliminar y memoria del homenaje tributado al héroe en Morelia en el sesquicentenario de su sacrificio”, en *Proceso instruido en contra de don Mariano Matamoros*, introducción de Antonio Arriaga Ochoa, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, (Biblioteca Michoacana 1), 1964, 136 pp.

Los documentos que Agraz pudo reunir a lo largo de su tarea investigadora le ayudaron a ampliar las explicaciones, a puntualizar algunos pasajes históricos, pero sobre todo, le sirvieron para corregir una cantidad de datos y acontecimientos supuestamente ciertos pero que carecían, a pesar de la autoridad intelectual de algunos autores, de una base documental sólida. Un ejemplo de ello son las correcciones que hizo a la poco conocida biografía sobre Matamoros que en 1913 escribió el destacado licenciado don José María de la Fuente, quien en concepto del autor “no pudo disponer mas que de tradiciones familiares, no siempre exactas, puesto que están basadas únicamente en recuerdos y no en documentos” (p. 315). También precisó fechas, como la duración del proceso de Matamoros, del cual algunos autores sostienen que terminó el 16 de enero de 1814 cuando en realidad sólo se suspendió para después continuarse en Valladolid del 17 al 27 de enero de 1814 (p. 137) .Y por si fuera poco, terminó por presentar toda una lista de autores que han utilizado el retrato de Matamoros pintado por José Obregón, el cual no corresponde ni por la figura ni por el traje a la descripción que nos dejara el licenciado Bustamante, quien lo describe de tez blanca, ojos azules y pelo rubio. No menos interesante es la lista de placas conmemorativas que consignan de manera errónea, testimonios relativos al cura Matamoros antes y después de 1810 (pp. 237-242).

Si bien no se escatimó esfuerzo en tratar de probar los errores en que muchos autores antiguos y contemporáneos han incurrido, desde el primer párrafo de la introducción a su libro dejó asentadas algunas expresiones que podrían convertirse en motivo de polémica y discusión entre los apasionados a estos temas, sobre todo cuando habla del origen del “Ejército Mexicano” y considera a Matamoros su “fundador”. Los escritores guanajuatenses, como Jesús Rodríguez Frausto y Gerardo Argueta Saucedo por ejemplo, consideran que corresponde a la entonces villa de Acámbaro el privilegio de ser la “cuna del Ejército Mexicano”, el cual se formó el 22 de octubre de 1810;⁵ mientras que para algunos otros estudiosos de los años finales

⁵ Jesús Rodríguez Frausto, “El Ejército Grande de América, Germen de nuestro Ejército Nacional”, en *Estudios Históricos sobre el Origen del Ejército Nacional*, Guanajuato, Universidad

de la guerra, dicho cuerpo puede ser considerado como tal sólo a partir de la creación del Ejército Trigarante por Agustín de Iturbide.

Hay una interrogante importante que aún no ha sido resuelta por los que han estudiado la participación de los clérigos en la guerra insurgente: ¿Dónde, de qué manera, cómo fue que los curas llegaron a adquirir estos conocimientos tácticos, logísticos y estratégicos con los que hacían la guerra a sus enemigos? ¿Debemos seguir pensando que se trataba de condiciones innatas que lograron desarrollar en el transcurso de la guerra? ¿Que los Ejercicios Espirituales que hacían los seminaristas año con año bajo la dirección de un jesuita veterano, siguiendo la estrategia de San Ignacio de Loyola –militar convertido en sacerdote-, fueron los que crearon en ellos un espíritu de combate que afloró en el momento propicio? (p. 79) He aquí uno de los aspectos centrales a estudiar para explicar de qué forma sacerdotes como José María Morelos, Mariano Matamoros, José María Cos, Luciano Navarrete, y José Antonio Torres, entre otros, lograron un notable prestigio como resultado de su experiencia militar.

Por otro lado, podríamos decir que la obra se inscribe dentro de la llamada “tradicción liberal” avocada a enaltecer las virtudes cívicas de los grandes hombres y tomarlas como ejemplo de las generaciones futuras. En gran medida eso fue lo que impidió que el autor se preocupara por estudiar otros aspectos relacionados con los valores, los imaginarios y las creencias de la época, y que tampoco pudiera apreciar la enorme carga ideológica y religiosa de que estaban impregnados numerosos actores del proceso independentista, como por ejemplo su fidelidad a Fernando VII y al régimen monárquico.

Algo que nos parece importante mencionar sobre la vida militar de Matamoros, es lo relacionado con la promoción que hizo de los festejos patrios en los lugares dominados por sus fuerzas. Esperábamos encontrar nueva noticias en esta obra de Agraz, pero no se publica nada al respecto. Lo que si dejó en claro fue lo relacionado

de Guanajuato, Archivo Histórico de Guanajuato, 1968, pp. 28-29; Gerardo Argueta Saucedo, *Acámbaro, cuna del ejército mexicano: 22 de octubre de 1810*, Morelia, Editorial La Voz de Michoacán, 2003, pp. 38-51.

con un supuesto hijo de Matamoros, personaje inventado por la señorita Josefina Salazar Aranda a finales del siglo XIX, para exigir una pensión ante el gobierno de la República (pp. 301-302).

Por sus interesantes aportaciones y por los documentos que aquí se publican, estamos convencidos que esta obra resultará indispensable para aquellos investigadores interesados en el estudio de los clérigos que participaron en la Guerra de Independencia. Esperamos que otros personajes como Manuel de la Torre Lloreda, Luciano Navarrete, José Sixto Berdusco, José Antonio Torres y Juan José Pastor Morales, entre muchos otros, sean merecedores de una investigación similar.

Moisés Guzmán Pérez
Instituto de Investigaciones Históricas de la
Universidad Michoacán de San Nicolás de Hidalgo

